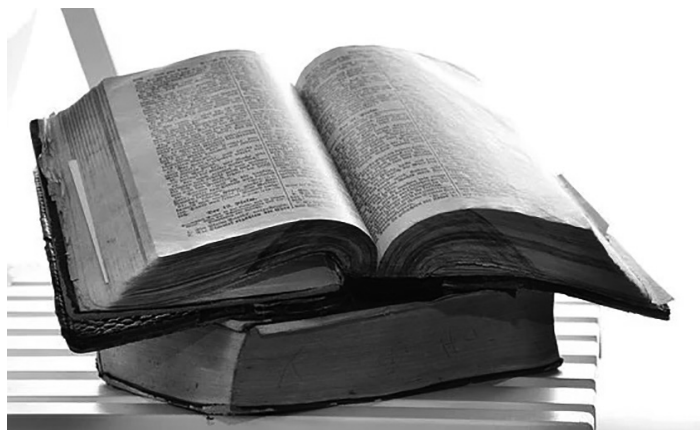


Domingo de la Palabra de Dios

Subsidio litúrgico
para el celebrante

III Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 23 de enero de 2022



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

INTRODUCCIÓN

El papa Francisco, en la carta apostólica *Scripturae Sacrae affectus* escrita en el XVI centenario de la muerte de san Jerónimo, afirma:

El estudio de Jerónimo se reveló como un esfuerzo realizado en la comunidad y al servicio de la comunidad, modelo de sinodalidad también para nosotros, para nuestro tiempo y para las diversas instituciones culturales de la Iglesia, con vistas a que sean siempre «lugar donde el saber se vuelve servicio, porque sin el saber nacido de la colaboración y que se traduce en la cooperación no hay desarrollo humano genuino e integral». El fundamento de esa comunión es la Escritura, que no podemos leer por nuestra cuenta: «La Biblia ha sido escrita por el pueblo de Dios y para el pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Solo en esta comunión con el pueblo de Dios podemos entrar realmente, con el ‘nosotros’, en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos».

En la fase diocesana del proceso sinodal que estamos viviendo, algunas de las expresiones del *Vademécum* nos iluminan para vivir con mayor profundidad este Domingo de la Palabra de Dios:

— «**Illuminados por la Palabra de Dios** y unidos en la oración, podremos discernir los procesos para buscar la voluntad de Dios y seguir los caminos a los que Dios nos llama, hacia una comunión más profunda, una participación más plena y una mayor apertura para cumplir nuestra misión en el mundo» (*Vademécum* 1.2).

— «En este sentido, el objetivo del actual Sínodo es escuchar, como todo el pueblo de Dios, lo que el Espíritu Santo dice a la Iglesia. Lo hacemos **escuchando juntos la Palabra de Dios en la Escritura y en la tradición viva de la Iglesia**, y luego escuchándonos unos a otros» (*ibíd.* 1.3).

— «Juntos, somos inspirados por la **escucha de la Palabra de Dios, a través de la Tradición viva de la Iglesia (...)**» (*ibíd.* 1.4).

— «El Espíritu Santo actúa a través de todas las generaciones de discípulos que **escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica**» (*ibíd.* 4.1).

— «El corazón de la experiencia sinodal es **escuchar a Dios a través de la escucha recíproca, inspirados en la Palabra de Dios**» (*ibíd.*).

— «Así, todo el clero, dotado de los dones y carismas sagrados recibidos por su ordenación, tiene un rol fundamental para que esta experiencia sinodal sea un auténtico encuentro con Cristo resucitado, fundado en la oración, nutrido por la celebración de la eucaristía e **inspirado por la escucha de la Palabra de Dios**» (*ibíd.* 4.3).

— «Durante la reunión, la *oración comunitaria y la liturgia* jugarán un papel importante. La escucha mutua se basa en **escuchar la Palabra de Dios y al Espíritu Santo**» (*ibíd.* Apéndice B,7).

Al menos en la celebración principal en la catedral o en la parroquia convendría hacer algún gesto para resaltar la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios. Por ejemplo, la procesión de entrada se llevará solemnemente por un ministro el Leccionario que contiene la Palabra de Dios. Al llegar al presbiterio se coloca en el ambón que este día estará especialmente adornado. Al inicio de la liturgia de la Palabra se pueden encender dos velas a ambos lados del ambón para destacar que la Palabra ilumina la vida del pueblo cristiano y que recoge la historia de la salvación de Dios con su pueblo. Al terminar de leer el Evangelio, se puede dar la bendición con el Leccionario o el Evangeliario, y volver a cantar el aleluya.

MISA

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Alrededor de tu mesa (CLN, A 4) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Sal 95 1. 6):

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra. Honor y majestad le preceden, fuerza y esplendor están en su templo.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos el tercer domingo del tiempo ordinario y, como venimos haciendo desde 2019 por iniciativa del papa Francisco, lo hacemos poniendo especial énfasis en la importancia de la Palabra de Dios. Esto nos permite «hacer que la Iglesia reviva el gesto del Resucitado que abre también para nosotros el tesoro de su Palabra para que podamos anunciar por todo el mundo esta riqueza inagotable» (*Aperuit illis*, n. 2).

El Domingo de la Palabra de Dios se inserta en el momento oportuno en que se nos invita a rezar por la unidad de los cristianos: «Celebrar el Domingo de la Palabra de Dios expresa un valor ecuménico, porque la Sagrada Escritura indica a los que se ponen en actitud de escucha el camino que seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad» (*Aperuit illis*, n. 3).

El Domingo de la Palabra de Dios nos recuerda «la necesidad de tener familiaridad e intimidad con la Sagrada Escritura y con el Resucitado, que no cesa de partir la Palabra y el pan en la comunidad de los creyentes» (*Aperuit illis*, n. 8).

La Virgen María ocupa un lugar especial: «En el camino de escucha de la Palabra de Dios, nos acompaña la Madre del Señor, reconocida como bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho (cf. *Lc 1, 45*)» (*Aperuit illis*, n. 15).

El papa expresa un deseo: «Que el domingo dedicado a la Palabra haga crecer en el pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura, como el autor sagrado lo enseñaba ya en tiempos antiguos: esta Palabra “está muy cerca de ti:

**en tu corazón y en tu boca, para que la cumplas” (Dt 30, 14)»
(*Aperuit illis*, n. 15).**

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que eres la Palabra que siempre nos empuja a la conversión, a crecer y mejorar, a soñar y preparar nuevos odres para tu vino siempre nuevo: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que eres la Palabra que nos convoca a formar familia, a sentirnos hijos e hijas amados de Dios, llamados a construir fraternidad con todos: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres la Palabra que nos impulsa a llevar la Buena Noticia del reino a todos los rincones de nuestro mundo: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
orienta nuestros actos según tu voluntad,
para que merezcamos abundar en buenas obras
en nombre de tu Hijo predilecto.

Junta las manos.

**Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

NOTAS PARA LA HOMILÍA

La carta apostólica *Aperuit illis* dedica una especial atención a la homilía: «La homilía, [...] posee “un carácter cuasi sacramental” (EG, n. 142). Ayudar a profundizar en la Palabra de Dios, con un lenguaje sencillo y adecuado para el que escucha, le permite al sacerdote mostrar también la “belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien” (EG, n. 142). Esta es una oportunidad pastoral que hay que aprovechar» (*Aperuit illis*, n. 5).

Primera lectura: *Neh* 8, 2-4a. 5-6. 8-10

Resulta provechoso detenerse en alguna de estas sugerencias:

- Una gran asamblea escucha con atención: «Desde la mañana hasta el mediodía, ante los hombres, las mujeres y los que tenían uso de razón. Todo el pueblo escuchaba con atención la lectura del libro de la ley» (v. 3). La asamblea litúrgica cristiana acoge atentamente, en todo lugar y tiempo, en cualquier circunstancia, la Palabra de Dios.
- Es preciso leer con claridad y explicar el sentido de la Palabra de Dios para que se entienda. Los levitas leían el libro de la Palabra de Dios «con claridad y explicando su sentido, de modo que entendieran la lectura» (v. 8). Cuando se proclama la Palabra de Dios, es Cristo mismo quien nos habla y acontece lo que escuchamos.
- La Palabra produce una conmoción interna: «Todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras» (v. 9). Hemos de pasar de una escucha distraída, pasiva o poco receptiva, a un dejarnos mover interiormente. Se produce una asimilación que llega a las entrañas.

Salmo responsorial: *Sal* 18, 8. 9. 10. 15

Encontramos una serie de expresiones sinónimas: «La ley del Señor», «el precepto del Señor», «los mandatos del Señor», «la norma del Señor», «la voluntad del Señor», «los mandamientos del Señor». Con ellas se indica el designio, el proyecto, el dibujo de la voluntad de Dios, el diseño de salvación. Esto lleva a recibir una gran exhortación: «No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza».

Con el salmista, decimos: «Tus palabras, Señor, son espíritu y vida».

Evangelio: *Lc* 1, 1-4; 4, 14-21

Destacan dos partes:

- *Lc* 1, 1-4: San Lucas escribe para los creyentes que han recibido una formación en la fe. Las primeras palabras de este evangelio nos presentan un proyecto basado en la historia. Tras reconocer que ha habido una tarea previa realizada por quienes han compuesto «un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros» (v. 1), el evangelista manifiesta su voluntad de escribir con orden un relato seguido de los hechos acaecidos, es decir, un relato de tipo histórico. Ha decidido «investigarlo todo diligentemente» (v. 3), y su propósito es escribir «por su orden» (*ibíd.*). Con ello pretende dar a conocer (*ibíd.*) la «solidez de las enseñanzas» recibidas (v. 4). Es propio de la historia presentar una sucesión de hechos en sus interrelaciones mutuas.

Pero se trata de una historia teológica. Los hechos «se han cumplido» (v. 1), según el designio de Dios, han sido transmitidos por «los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la Palabra» (v. 2). Dios Padre es el último responsable de los hechos. Las promesas de Dios dirigen la historia y la orientan hacia el cumplimiento de lo prometido.

San Lucas narra la realización de un proyecto divino, que actúa en el presente del lector y camina hacia su plena realización en el

futuro. El lector-oyente debe insertarse en esta historia, asumiendo su responsabilidad en su generación.

- *Lc 4, 14-21*: Con la fuerza del Espíritu (v. 14), Jesús enseña en las sinagogas y cura a todos de sus males. «Con la fuerza del Espíritu» es el hilo conductor de todo el evangelio de san Lucas. En la sinagoga de Nazaret tiene lugar el comienzo de la actividad pública de Jesús, actividad que se concibe como una «enseñanza» («enseñaba en las sinagogas»: v. 15). Jesús es maestro acogido y ensalzado por todos («todos lo alababan»: *ibíd.*), su magisterio es universal.

En el lugar donde se había criado, entra en la sinagoga un sábado, como era su costumbre (v. 16), y se pone en pie para hacer la lectura. Cuando le entregan el rollo del profeta Isaías, lo desenrolla y proclama los tres primeros versículos del capítulo 61. Pero prescinde de las palabras que mencionan «un día de venganza de nuestro Dios» (*Is 61, 2*).

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido» (v. 18). La unción se refiere al bautismo: «Bajó el Espíritu Santo sobre él» (*Lc 3, 22*).

La presentación de Jesús citando un texto de Isaías destaca que la actuación del Espíritu domina toda su existencia. Lo que Isaías anunció a sus contemporáneos, se anuncia ahora a los pobres, a los cautivos, a los ciegos y a los oprimidos del tiempo de Jesús, cuatro grupos significativos. Lo que se anunció proféticamente a los que regresaban del destierro se realiza en la persona, en la palabra y en la acción de Jesús.

La frase de Isaías que describe el tiempo de gracia que ha de traer la liberación de Sion («proclamar el año de gracia del Señor»: v. 19) anuncia y presenta el tiempo de Jesús y la nueva forma de salvación que comporta ese tiempo.

En medio de una gran expectación, cuando «toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él» (v. 20), comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (v. 21).

En el evangelio de san Lucas tiene mucha importancia el adverbio «hoy»:

- Los ángeles anuncian a los pastores: «**Hoy**, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2, 11).
- Los testigos de la curación de un paralítico afirman: «Hoy hemos visto maravillas» (Lc 5, 26).
- Jesús dice a Zaqueo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19,5). Y también: «**Hoy** ha sido la salvación de esta casa» (Lc 19, 9).
- Jesús anuncia a Pedro: «Te digo, Pedro, que no cantará **hoy** el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme» (Lc 22, 34). Y esta palabra se cumple: «El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: “Antes de que cante **hoy** el gallo, me negarás tres veces”» (Lc 22, 61).
- Jesús dice al buen ladrón: «En verdad te digo: **hoy** estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43).

Hay una invitación explícita para que el lector-oyente se sitúe en su «hoy» concreto y salvífico. A cada generación le corresponde dar una respuesta al «hoy» que sale al encuentro en la persona de Jesús.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Con humildad y confianza presentamos nuestras súplicas a Dios todopoderoso.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Para que, iluminados por la Palabra de Dios y unidos en la oración, podamos discernir la voluntad de Dios y seguir los caminos a los que él nos llama, hacia una comunión más profunda, una participación más plena y una mayor apertura para cumplir nuestra misión en el mundo. Roguemos al Señor.
2. Por quienes colaboramos en las tareas de la evangelización, las celebraciones litúrgicas y el servicio caritativo-social, para que trabajemos confiadamente por la animación bíblica de todas nuestras actividades. Roguemos al Señor.
3. Para que, alentados por la Palabra de Dios, recemos siempre y sin desfallecer por la unidad de todos los cristianos y se nos conceda el don de la comunión plena. Roguemos al Señor.
4. Para que, acogiendo lo que transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la palabra, conozcamos la solidez de las enseñanzas que hemos recibido. Roguemos al Señor.
5. Para que la Virgen María, reconocida como bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho, nos acompañe en el camino de la escucha atenta de la Palabra de Dios. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS Padre de misericordia,
que tu palabra descienda sobre nosotros
y sepamos escucharla y acogerla
para que produzca frutos abundantes en nuestra vida.

Junta las manos.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Pescador de hombres (CLN, 407) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ACCIÓN DE GRACIAS

Durante el tiempo de acción de gracias después de la comunión se puede leer la siguiente plegaria:

Señor de la Palabra y de la vida, ahora que te acabamos de recibir en nuestro interior, te bendecimos por tu presencia, misericordia, lealtad y amor hacia nosotros. Eres un Dios fiel como lo aseguras por medio de la Sagrada Escritura. En sus páginas tenemos la Palabra de salvación que ilumina la existencia de todo creyente, el aliento que nos impulsa hacia la esperanza y la alegría. Haz que valoremos, leamos y meditemos la Palabra de Dios en la que está recogida la historia de la salvación que has realizado con los hombres. Enséñanos a ser dóciles a ella y a saberla pregonar con alegría para que todos puedan conocer la Palabra de salvación que contiene. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

CONCÉDENOS Dios todopoderoso,
que cuantos hemos recibido tu gracia vivificadora
nos gloriemos siempre
del don que nos haces.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

El Señor os bendiga y os guarde.

R̄. Amén.

Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

R̄. Amén.

Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española